

Hispania, LVIII/2, núm. 199 (1998)

EL TERCER CENTENARIO DEL DON QUIJOTE EN 1905 Y EL NACIONALISMO ESPAÑOL ¹

por

ERIC STORM

Universidad de Groningen.

RESUMEN: *Cuando se mira a las conmemoraciones celebradas y a los monumentos y edificios representativos en Madrid construidos en los años antes de 1900 queda claro que, en contraste con la mayoría de los países europeos, en España no existió una política cultural consistente. Parece que después del desastre de 1898 hubo algunos intentos de cambiar esa situación. Pero ni siquiera el mejor intento de celebrar una conmemoración a gran escala, que fue el tercer centenario de la publicación del Don Quijote en 1905, fue un verdadero éxito. No obstante, esta conmemoración constituye una fuente excelente para analizar las diversas maneras en que fue utilizado el nacionalismo. La iniciativa, por ejemplo, la tomaron algunos escritores prestigiosos ligados al diario El Imparcial, y con el centenario intentaban unir las fuerzas de la nación para trabajar juntos en el progreso económico y cultural del país. Algunos pensadores conservadores, a su vez, utilizaron la ocasión para advertir contra intentos revolucionarios y espíritus aventurosos. Lo más interesante sin duda fueron los escritos conmemorativos de jóvenes como Unamuno, Azorín y Navarro Ledesma en los cuales se vislumbra un nacionalismo exaltado de nuevo signo.*

PALABRAS CLAVE: **Nacionalismo español. conmemoración. Don Quijote. la Restauración (1875-1923). monumentos. Miguel de Unamuno. Azorín. Francisco Navarro Ledesma.**

ABSTRACT: *Analysing the commemorations which were held in Spain, and the monuments and representative buildings that were constructed in Madrid in the years before 1900, it seems clear that, in contrast with most of the other European countries, no consistent cultural policy was developed by the national government. After the 'disaster of 1898' some attempts were made to change this situation. But not even the major commemoration, which was the third centenary of the publication of the Don Quixote in 1905, proved to be a great success. Notwithstanding, this commemoration is an excellent source for studying the different ways in which nationalism was used. The initiative, for example, was*

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda de mis amigos Juan Carlos y Juan, y una beca de la Organización Neerlandesa para Investigaciones Científicas (NWO).

taken by some prestigious writers, all connected with the liberal newspaper El Imparcial. With this commemoration they hoped to unite all the forces of the Spanish nation working together for the economic and cultural progress of the country. Some conservative thinkers, in turn, used the occasion to criticise revolutionary attempts and adventurous spirits. More interesting were the commemorative writings of young authors like Unamuno, Azorín, and Navarro Ledesma, in which a new kind of exalted nationalism could be discerned.

KEY WORDS: Spanish nationalism. Commemoration. Don Quixote. Restoration period (1875-1923). Monuments. Miguel de Unamuno. Azorín. Francisco Navarro Ledesma:

El día 2 de diciembre de 1903 la primera página de *El Imparcial*, el diario liberal más prestigioso de entonces, no estaba dedicada a los habituales comentarios y noticias. Aquel día el periódico apelaba, desde la portada, al país entero para celebrar de una manera esplendorosa el tercer centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. En mayo de 1905 se cumplirían 300 años desde la aparición de esta obra maestra de Miguel de Cervantes. El libro ya era reconocido en el mundo entero como uno de los clásicos de la cultura humana. Por eso, la gran fiesta de 1905 tendría que ser, en primer lugar, «un gran acto de resurgimiento español», sin dejar de lado la participación de los pueblos latinos y la asistencia de los demás naciones. O, como decía Mariano de Cavia, el autor del llamamiento, «es menester que en 1905 se haga la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás ha celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional»².

En el fondo, la iniciativa de *El Imparcial* era un poco singular. ¿Por qué era necesario celebrar el aniversario de la publicación del *Don Quijote*, cuando antes nunca se había hecho? La conmemoración de la muerte de un gran autor o artista era más común, pero festejar el tercer centenario de un libro era una cosa insólita. Y ¿por qué la fiesta tenía que ser la más esplendorosa que jamás se había celebrado? Parece claro que la situación española después del desastre de 1898 lo puede explicar en parte. Pero primero es necesario situar este centenario en el contexto europeo del momento.

EUROPA 1870-1905

En los últimos treinta años del siglo XIX y durante los primeros decenios del XX, se celebraron cada vez más centenarios y otras fiestas nacionales, y las principales ciudades europeas se llenaron de estatuas, monumentos y edificios representativos. Parecía imprescindible enseñar las cumbres de un pasado glorioso con el que fortalecer la unidad nacional. En Alemania — y otros países

² MARIANO DE CAVIA, «La celebración del tercer centenario de “don Quijote”», *El Imparcial* (2-XII-1903).

de reciente creación como Bélgica e Italia— se erigió una gran cantidad de monumentos nacionales para favorecer el arraigo de un Estado que no tenía precedente en la Historia y para fomentar un sentimiento nacional dentro del Estado alemán. Este fenómeno fue acompañado de un gran esfuerzo por dignificar la capital, Berlín, con edificios y avenidas espaciosas, como el Reichstag, una catedral nueva, y la Avenida de la Victoria (Siegessallee) ³.

En Francia, no era el Estado, el que era nuevo y tenía que legitimarse, sino el régimen, la Tercera República, que había nacido en 1870. Por lo tanto, era la República la que necesitaba afirmarse a sí misma, y lo hacía conmemorando a sus propios héroes como Voltaire, Rousseau y Victor Hugo, con estatuas, y celebrando el «14 juillet», la toma de la «Bastille» en 1789, como fiesta nacional. Sobre todo el Centenario de la Revolución en 1889 fue un gran éxito. Las conferencias, los libros, las fiestas populares, la Exposición Universal y, sobre todo, la torre Eiffel —expresamente construida para la ocasión— fortalecieron al régimen frente a sus enemigos de la derecha y de la izquierda ⁴.

En Inglaterra no era preciso consolidar un Estado de reciente creación, ni legitimar un régimen nuevo; no obstante se produjeron los mismos fenómenos, aunque probablemente con un poco de retraso. Para no quedarse atrás, también en Londres proliferaron las estatuas y se emprendió la tarea de dignificar la ciudad con obras como el ensanche del Mall y la construcción del Victoria Monument ⁵.

Pero, tanto en Inglaterra como en otros países, la competencia con las otras potencias europeas no parece haber sido la única razón para participar en esa moda de celebrar la propia grandeza nacional. Era también un intento, en parte inconsciente, de llenar el vacío que la rápida transformación de la sociedad había ocasionado. La cohesión social, las identidades locales y los lazos de lealtad existentes se desintegraban dramáticamente por los grandes cambios que en la mayor parte de Europa producía la Revolución Industrial. El fomento de un sentimiento nacional parecía ofrecer una solución. La Nación integraba lo dividido, y confería una identidad a los individuos desarraigados. Además la

³ Thomas NIPPERDEY, «Nationalidee und Nationaldenkmal in Deutschland im 19. Jahrhundert» en: Idem, *Gesellschaft, Kultur, Theorie. Gesammelte Aufsätze zur neueren Geschichte* (Göttingen 1976) 133-174. Véase también Eric HOBBSBAWN, «Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914» en: Eric HOBBSBAWN & Terence RANGER, eds., *The invention of tradition* (Cambridge 1983) 263-308, esp. 273-279.

⁴ Véase Jean-Marie GOULEMOT & Eric WALTER, «Les centenaires de Voltaire et de Rousseau. Les deux lampions des Lumières», Christian AMALVI, «Le 14 juillet. Du *Dies irae* à *Jour de fête*», Amer BEN-AMOS, «Les funérailles de Victor Hugo. Apo théose de l'événement spectacle», Pascal ORY, «Le centenaire de la révolution française. La preuve par 89» y Pierre NORA, «De la République à la Nation», todos en: Pierre NORA, ed., *Les lieux de mémoire I, La République* (Paris 1984) resp. 381-421, 421-473, 473-523, 523-561 y 651-660. Y June HARGROVE, «Les statues de Paris» en: Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire II La Nation* *** (Paris 1986) 243-283.

⁵ David CANNADINE, «The context, performance and meaning of ritual. The British Monarchy and the "Invention of tradition"» en: HOBBSBAWN & RANGER, *The invention of tradition*, 101-165.

unidad nacional no sólo servía para defenderse de un enemigo exterior, sino también para exorcizar el espíritu de la discordia interna: la división entre las clases ⁶.

ESPAÑA 1875-1898

En España, la situación no era aparentemente muy favorable al desarrollo del nacionalismo. El Estado no era nuevo ni existía —en gran parte del siglo XIX— una amenaza exterior. La modernización era lenta y no demasiado profunda. Los lazos tradicionales habían sido eliminados formalmente, pero en gran parte del país, gracias al caciquismo no se produjeron grandes cambios en la estructura social hasta bien entrado el siglo XX. Debido a la falsificación sistemática de las elecciones, el sufragio universal y el movimiento obrero tampoco suponían una amenaza real para la estabilidad de los gobiernos. No obstante, la situación distaba de ser satisfactoria, ya que el régimen de la Restauración tenía enemigos implacables. La legitimidad de la monarquía restaurada era cuestionada tanto por la derecha como por la izquierda, aunque ni carlistas ni republicanos tenían bastante fuerza para derrocar el Poder. Por otra parte, existía un creciente movimiento regionalista en Cataluña y por entonces surgió también otro en el País Vasco. Así pues, aunque no hubiese un peligro inminente para el sistema, existían razones suficientes para formular una política cultural de signo nacionalista. Ahora bien, como el Estado español no disponía de medios suficientes, antes de 1900 no hubo intentos de poner en marcha una política cultural consistente.

En particular, cuando se examinan las estatuas que se construyeron —y que no llegaron a construirse— en Madrid durante las primeras décadas de la Restauración, se comprueba esta carencia de manera evidente. Hasta 1898 sólo se construyeron dieciseis monumentos públicos en la Corte, casi todos por iniciativa privada ⁷.

Significativo es el caso de uno de los monumentos más políticos, el de Isabel la Católica (ubicado en el Paseo de la Castellana, ahora delante del Museo de Ciencias Naturales). El escultor Manuel Oms y Canet, becario en Roma, esculpió «La apoteosis de Isabel la Católica marchando a la realización de nuestra unidad nacional» por iniciativa propia. Y tuvo que ser el director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma quien propusiera su adquisición por el Ayuntamiento de Madrid. Finalmente, se inauguró el monumento el día 30 de noviembre de 1883. En el centro se veía Isabel la Católica, «jinete en un her-

⁶ Thomas NIPPERDEY, «Auf der Suche nach der Identität: Romantischer Nationalismus» en: *Idem, Nachdenken über die deutsche Geschichte* (München 1986) 110-126. Véase también: HOBBSBAWM, «Mass-producing traditions», 263-269 y E. J. HOBBSBAWM, *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality* (Cambridge 1992) sobre todo 80-101.

⁷ María del Socorro SALVADOR PRIETO, *La escultura monumental en Madrid: Calles, plazas y jardines públicos (1875-1936)* (Madrid 1990).

moso caballo», con la Cruz de Covadonga en su mano. Le acompañan en su tarea «las Armas» y «la Política», personificadas respectivamente por el Gran Capitán y el Cardenal González de Mendoza, los dos de pie⁸. Es decir, que según esta concepción la unidad nacional fue realizada desde arriba, por la monarquía con ayuda del ejército y del clero. Una visión bastante conservadora.

Mientras que las estatuas se erigieron sin mucha intervención estatal, parece haber más participación, por parte del Estado, en las dos grandes conmemoraciones que se celebraron en 1881 y 1892, el aniversario de Calderón y el del Descubrimiento de América. Particularmente el segundo centenario de Pedro Calderón de la Barca fue un éxito, ante todo como fiesta popular. Era la primera vez que en España a nivel nacional se celebraba una fiesta profana para consagrar a uno de los «sobrenaturales ingenios» del pasado. Las festividades empezaron el domingo, 22 de mayo de 1881, para acabar ocho días más tarde, después de haber culminado en la «procesión histórica» —una novedad— del viernes. Se calcula que cien mil forasteros habían acudido a Madrid para asistir a los congresos, banquetes y, sobre todo a las actividades al aire libre⁹.

Aunque, en general, las fiestas se desarrollaban en un ambiente de concordia, también hubo polémica. Un comentarista republicano, por ejemplo, dejó claro que no estaba de acuerdo con las ideas políticas de Calderón: «Religión, honor, rey: he aquí los ideales de Calderón: una religión que cubría el crimen con escapularios y la señal de la cruz; un honor que sólo el espadachín podía conservar; un rey de tal autoridad sobre sus vasallos, que, cuando le placía, con quien le placía les casaba. ¡Estos ideales casi son delitos en el siglo XIX!»¹⁰.

Aparte de comentarios como éste, también hubo algunos visitantes extranjeros que no ocultaron sus ideas liberales y progresistas. Y cuando uno de ellos, un catedrático francés, ensalzó la educación laica en su país, el joven Marcelino Menéndez Pelayo, todavía de genio vivo, no pudo contenerse. Es el famoso «Brindis del Retiro», que se produjo el 30 de mayo, durante el banquete oficial para despedir a las personalidades extranjeras que habían asistido a los actos del centenario. El catedrático cántabro dijo que de ninguna manera los liberales podían contar por suyo a Calderón, y brindó por las ideas que habían inspirado al gran poeta: la fe católica, la tradicional monarquía española, la nación española y el regionalismo. Defendió la Inquisición, habló de la barbarie germánica y cometió la imprudencia de decir, ante un público internacional, que los lusitanos pertenecían a la raza española. Ya antes de finalizar surgieron murmullos, y poco después una polémica que se continuó

⁸ SALVADOR, *La escultura monumental*, 44-53.

⁹ *Segundo Centenario de D. Pedro Calderón de la Barca. Su biografía. Programa de los festejos. Y calles y plazas de Madrid* (Madrid 1881) 10-21, Emilio CASTELAR, «El centenario de Calderón», *La Ilustración Española y Americana* XXV, 19 (22-V-1881) 318-322, y José FERNÁNDEZ BREMON, «Crónica general», *La Ilustración Española y Americana* XXV, 20 (30-V-1881) 350-351.

¹⁰ Isidoro FERNÁNDEZ FLOREZ, «Ecos del Centenario», *La Ilustración Española y Americana* XXV, 19 (22-V-1881) 323-326.

en la prensa ¹¹. Las muestras de unidad nacional quedaban en parte anuladas por estos signos de discordia.

En 1892, se celebró, también a lo grande, el centenario de Colón, o mejor dicho, el cuarto centenario del Descubrimiento de América. La iniciativa, como siempre, la tomaron algunos ciudadanos, aunque fue el Gobierno el que, a partir de febrero de 1888, se hizo cargo de la organización. Sin embargo la creación de una Comisión Real, a propuesta del jefe de gobierno Sagasta, fue, más bien, una respuesta a la alarma que habían producido las noticias acerca de los preparativos realizados para conmemorar el mismo hecho en los Estados Unidos. Sólo después de la entrada de los conservadores en el poder, y bajo el mando enérgico de Cánovas del Castillo, empezó a notarse el empuje gubernamental ¹². Otro hecho curioso fue la inauguración del monumento a Colón. La estatua fue construida para celebrar el enlace matrimonial de Alfonso XII en enero de 1878. El monumento, pagado mediante una suscripción entre los Títulos del Reino, fue terminado en 1885. La muerte del rey impidió su inauguración que finalmente se celebró el 12 de octubre de 1892, sin ceremonia especial ¹³. Estaba claro que no había una política deliberada por parte del Gobierno.

Esta vez no hubo demasiado desacuerdo sobre la interpretación de la figura de Colón. En cambio, destacó la aportación científica en diversos congresos y en las 55 (!) conferencias que se pronunciaron en el Ateneo de Madrid. El viaje de la familia real a Andalucía, donde asistió a las solemnidades celebradas en Huelva y Sevilla, también fue un éxito. Mientras tanto, en Madrid, los festejos populares dejaron mucho que desear. Los preparativos habían empezado tarde, y sobre todo las dificultades financieras y las irregularidades que se descubrieron en el Ayuntamiento causaron problemas a la hora de organizar las fiestas populares. Incluso se produjo un motín después de haber sido cancelado un concierto en el Paseo de Recoletos a última hora. Por tanto, en Madrid la conmemoración no logró la aprobación de todos ¹⁴.

¹¹ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Brindis del Retiro» (30-V-1881) en: Idem, *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo VIII Estudios y discursos de crítica Histórica y literaria III* (Santander 1941) 385-387. Enrique SÁNCHEZ REYES, «La prensa de entonces. El brindis de Menéndez y Pelayo en el centenario de Calderón», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo XIV*, 4 (oct-dic. 1932) 289-299, XV, 2 (abr-junio 1933) 210-216 y XV, 3 (julio-sept. 1933) 312-318. Marta M. Campomar Fornieles, «Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico de la Restauración» en: Ciriaco MORÓN ARROYO, Manuel REVUELTA SANUDO & Modesto SANEMETERIO COBO, eds., *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen* (Santander 1983), 73-101, sobre todo 91-92.

¹² SALVADOR BERNABEU ALBERT, *1892: El IV centenario del descubrimiento de América en España* (Madrid, 1987), 33-39.

¹³ SALVADOR, *La escultura monumental*, 65-75.

¹⁴ BERNABÉU, *1892: el IV centenario*, 59-71.

MADRID 1898-1905

Después del desastre de 1898 el futuro de España parecía más incierto. El país ya no era una potencia importante en el concierto de las naciones. Incluso había quienes veían en peligro la independencia de la patria. La legitimidad de la Restauración ya no parecía tan firme como antes y los problemas internos aumentaron: huelgas, atentados anarquistas, reivindicaciones de movimientos regionales e inestabilidad gubernamental. La situación internacional tampoco era mejor: a la crisis del liberalismo se sumó la del positivismo, a la cual habría que añadir una creciente rivalidad entre las potencias coloniales. El futuro parecía cada vez más inseguro, y ante esta incertidumbre se ensalzaba en toda Europa la propia grandeza nacional y el pasado heroico de la patria. Los Gobiernos, así como parte de las élites, tomaron una más clara conciencia del valor de elementos irracionales y simbólicos para fomentar la cohesión social. Y en esta tendencia de conmemorar las propias glorias del pasado para afrontar mejor la inseguridad reinante, también participaba España.

Así, ya el primer día de 1901, tres años después de haber sido asesinado, Cánovas del Castillo tenía su monumento delante del Senado, costeados «por suscripción nacional y voluntaria, que inició el Excmo. señor D. Francisco Romero Robledo»¹⁵. En 1902, para celebrar la mayoría de edad de Alfonso XIII, el Ayuntamiento de Madrid levantó nada menos que seis monumentos: el del héroe de Cuba Eloy Gonzalo, los de los políticos Agustín Argüelles y Bravo Murillo, los de los escritores Lope de Vega y Quevedo y el del pintor Goya¹⁶. En la misma ocasión se creó la Orden civil de Alfonso XII para premiar grandes méritos y servicios prestados en las ciencias, las artes y las letras. Como corolario, en el mismo año se inauguró el Panteón de los Hombres Ilustres en Atocha. Por fin, el país tenía una morada para sus muertos insignes, su museo civil de vidas ejemplares¹⁷.

No obstante, el año 1902 fue una excepción. Muy ilustrativa fue la suerte de Alfonso XII. El rey había muerto en 1885, dos años después su viuda firmaba una ley que ordenaba la construcción de una estatua ecuestre de su difunto marido, que debería ser inaugurada en 1902 con motivo de la mayoría de edad de su hijo Alfonso XIII. Pero nada se hizo para conmemorar al primer rey de la Restauración, en parte por motivos económicos. Lo que sí se haría en 1902 fue colocar la primera piedra¹⁸.

Después de 1898, los tiempos parecían más idóneos para erigir un monumento a Alfonso XII como símbolo de la unidad de la patria. De modo que un

¹⁵ SALVADOR, *La escultura monumental*, 169-177. Aunque se puede preguntar si la realidad entre Romero Robledo y Francisco Silvela por la herencia de Cánovas no fuera el motivo principal para hacer el monumento.

¹⁶ *Ibidem*, 185-225. José FERNÁNDEZ BREMÓN, «Crónica general». *Ilustración española y americana* XLVI, 21 (8-6-1902), 350.

¹⁷ Javier VARELA, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)* (Madrid, 1990), 186-187.

¹⁸ SALVADOR, *La escultura monumental*, 345-358.

Real Decreto de febrero de 1901 anunció un concurso para la adjudicación de la obra. Los arquitectos y escultores sólo tenían un mes para presentar su propuesta, ahora sí que tenía un carácter urgente. El Gobierno ni siquiera estipulaba el carácter del monumento, el presupuesto, sus dimensiones, ni el punto de ubicación¹⁹.

Ante la imprevisión por parte de las autoridades, sorprendió la grandeza del proyecto premiado, obra del arquitecto José Grasés Riera. Él había diseñado la parte arquitectónica del monumento a Cánovas, y por lo tanto ya tenía ideas sobre el monumento ideal. Propuso un «Monumento a la Patria española» personificado en su rey y colocado al borde del estanque del Retiro. Quería un espacio para uso popular, sobre el cual se levantara la estatua de Alfonso. Que el monumento tenía un verdadero sentido democrático lo demuestra el programa escultórico: en uno de los relieves, por ejemplo, el rey se descubre ante la figura simbólica de la Patria, la cual sí lleva una corona. Además falta una referencia a la religión y resulta muy significativa la elección de los principales temas que rodean la columna central: la Paz, la Libertad, el Progreso y la Patria (el último grupo inacabada por la muerte prematura del escultor encargado —otra muestra de falta de perseverancia—). Aunque pueda parecer que la política cultural haya cambiado, la situación tampoco es mucho mejor, ya que la obra sólo fue inaugurada 21 años más tarde, cuando todavía faltaban algunas esculturas²⁰. No obstante la diferencia con el monumento a Isabel la Católica es grande, tanto en tamaño, como en contenido ideológico e intervención estatal.

En cuanto a la dignificación de la ciudad, Madrid también entró tarde en escena. Bruselas construyó un Palacio de Justicia de tamaño enorme ya en los años sesenta, en los años setenta se trazaba la monumental Ringstraße de Viena, y Berlín, Roma y Washington seguían sus pasos. La monumentalidad alcanzó su cenit europeo con la erección de la torre Eiffel en 1889. En la capital española no se hizo mucho en este aspecto. Sólo a partir de 1898 comenzaron a realizarse algunos proyectos. En 1898 y en 1902 fueron colocadas las fuentes de Neptuno y Cibeles en su sitio actual, para formar «rond-points» según la nueva moda. En 1904 se aprobó el proyecto de una «Gran Vía» que tenía que conectar la calle de Alcalá (donde se iniciaron las obras en 1910) con la Plaza de España (proyecto que fue finalizado en 1950)²¹.

Aunque parezca que con la erección de estatuas y la dignificación de la ciudad fueron los liberales los que tomaron la iniciativa, en el caso del Palacio de Comunicaciones fueron claramente los conservadores los que llevaron el proyecto ade-

¹⁹ José Ramón ALONSO PEREIRA, «El monumento a Alfonso XII», *Villa de Madrid* XVI, 61 (1978-IV), 27-37.

²⁰ ALONSO PEREIRA, «Monumento a Alfonso XII», y SALVADOR, «La escultura monumental», 349-350. Grasés es también autor, en 1902, del Palacete de Fernández Longoria, «el capricho de plutócrata», hoy Sociedad General de Autores, la obra maestra del modernismo madrileño, José Ramón ALONSO PEREIRA, *Madrid 1898-1931. De corte a metrópoli* (Madrid, 1985), 58-68.

²¹ ALONSO PEREIRA, *Madrid 1898-1931*, 22-43.

lante. Ya en 1899, el gobierno Silvela había organizado un concurso para construir un nuevo edificio central de Correos. En 1903 (gobierno Silvela-Maura) se adjudicó el proyecto, pero el gobierno Maura organizó otro concurso en 1904, ahora en un sitio más central y en un solar de doble tamaño (en la Plaza de Cibeles)²². Parecía que también los conservadores se habían convencido de la importancia de confirmar la grandeza nacional con un edificio imponente.

El concurso fue ganado por dos arquitectos jóvenes, Antonio Palacios y Joaquín Otamendi. Aparte de trazar un edificio monumental y cosmopolita —los madrileños lo llamaban «Nuestra Señora de las Comunicaciones»— introducían elementos nacionales. O como lo describían los ganadores: «nos hemos inspirado en el estilo que en nuestra nación se ha considerado más castizo, en el Renacimiento español» (sobre todo las cresterías y los torreones de las esquinas tenían una clara inspiración en el plateresco de Gil de Hontañón). Esta combinación de cosmopolitismo y nacionalismo agradó a todos, y parece ser el mejor ejemplo de un edificio de «promoción estatal» y hasta un «verdadero al-dabonazo en el camino para la Regeneración Nacional»²³.

Parecía que después de 1898, por fin, empezaba a trazarse una política cultural de signo nacionalista, aunque las obras de monumentos, «gran vías» y edificios representativos avanzaban a paso lento y todavía se improvisaba mucho. La falta de efectividad y de eficiencia era un problema de toda la administración española y, por tanto, no sólo se manifestaba en el fomento de un nacionalismo estatal. En el resto de Europa este período era la época dorada de los monumentos y centenarios y el sentimiento nacionalista se mostraba cada vez más abierto y más enfrentado con «los otros». Ya no era tanto la nación que conmemoraba a sus héroes, sino que cada vez más la nación se celebraba a sí misma²⁴. El monumento a Alfonso XII apuntaba ya en esta dirección. Y el centenario del *Don Quijote* iba a seguir la misma pauta, ya que no era sólo una ocasión para alabar el libro inmortal de Cervantes, sino más bien una «afirmación de la espiritualidad de nuestro pueblo», como decía un comentario de la redacción de *El Imparcial* en diciembre de 1903²⁵.

EL CENTENARIO DEL QUIJOTE

La iniciativa (1903)

Parece que la iniciativa para celebrar el tercer centenario de la publicación del *Quijote* la tomaron, dentro de la Real Academia Española, los escritores Ja-

²² José Ramón ALONSO PEREIRA, «El palacio de comunicaciones en la arquitectura madrileña», *Villa de Madrid* XVII, 66 (1980-I), 43-51.

²³ Javier PÉREZ ROJAS, *Art deco en España* (Madrid, 1990), 294-305 y ALONSO PEREIRA, «El palacio de comunicaciones», 49.

²⁴ NIPPERDEY, «Nationalidee und Nationaldenkmal», 163-170.

²⁵ «El homenaje al "Quijote"», *El imparcial* (14-XII-1903).

cinto Octavio Picón (1852) y José Ortega Munilla (1856). Los dos amigos periodistas, en su calidad de diputados a Cortés, después de haber sido lanzado el proyecto por Mariano de Cavia (1856) el 2 de diciembre de 1903, se encargarían de buscar el apoyo oficial ²⁶.

Para evitar polémicas, Ortega Munilla y Picón habían preferido celebrar un libro en vez de un autor. Además, se trataba de un clásico incontestable que también fuera de España era considerado como uno de los hitos de la literatura de todos los tiempos. Que era difícil encontrar una figura universalmente reconocida en el ambiente polarizado de la España de la Restauración, lo demostraban las protestas que surgieron un año más tarde cuando se otorgó el premio Nobel a Echegaray. Conseguir la unión de todas las fuerzas políticas, de todas las regiones y de todas las corrientes culturales era casi imposible ²⁷. Pero parecía que la elección de Don Quijote como figura nacional sí que podría aunar al país entero.

Para lanzar su iniciativa los tres amigos utilizaron *El Imparcial*, del que Ortega Munilla era el director, Picón destacado colaborador literario y en el cual Cavia publicaba casi a diario sus populares artículos. No sorprende, pues, que el periódico desempeñase un papel muy importante en el centenario. La Redacción seguía en esos años la línea «regeneracionista», trazada por su propietario Rafael Gasset, uno de los impulsores de la «política hidráulica». Y dentro de este «regeneracionismo» —o quizás sea mejor llamarlo «nacionalismo liberal»— se movía también la propuesta del centenario.

Ortega Munilla había asistido, como corresponsal de *El Imparcial*, a muchos centenarios y fiestas nacionales. En marzo de 1887, por ejemplo, visitó Berlín para asistir a las fiestas del jubileo real de Guillermo I, y en 1889 estuvo en París para informar a sus lectores sobre el centenario de la Revolución, la exposición y la torre Eiffel ²⁸. Por lo tanto, había visto los efectos positivos que una conmemoración esplendorosa podía tener para la unidad nacional, y estos recuerdos influyeron posiblemente en su iniciativa de 1903. Fue él, principalmente desde su posición en *El Imparcial*, uno de los grandes promotores del centena-

²⁶ CAVIA, «La celebración del centenario» y «El Centenario del "Quijote"». En el Congreso. Consagración oficial del Centenario» *El Imparcial* (15-XII-1903). En *ABC*, no obstante, apareció una noticia afirmando que la idea inicial había sido de Dionisio PÉREZ (1871), un joven colaborador de *ABC*. El mismo lo confirmó desde las páginas de *Nuevo Mundo*, pero parece que no ha tenido mucha influencia en el desarrollo del centenario. Véase «El centenario del "Quijote"», *ABC* 1, 74 (4-12-1903) y Dionisio PÉREZ, «Madrid», *Nuevo Mundo* XII 591 (4-5-1905).

²⁷ Hasta entonces había habido más centenarios, banquetes, etcétera de los diversos grupos ideológicos, celebrando sus propio héroes. Sobre todo los grupos católicos mostraban una gran actividad. Véase María Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, «La mentalidad conservadora durante la Restauración» en J. L. GARCÍA DELGADO, ed., *La España de la Restauración: política economía legislación y cultura* (Madrid 1990) 71-111, esp. 92-95.

²⁸ Ruth SCHMIDT, *Ortega Munilla y sus novelas* (Madrid, 1973), 24-27.

rio. En junio de 1905, llegaría junto a Picón a intentar encontrar los restos de Cervantes en la Iglesia de los Trinitarios ²⁹.

El 3 de diciembre de 1903, en un celebrado artículo, Mariano de Cavia llamó al país a celebrar de una manera espléndida el tercer centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. A su juicio, la fiesta de mayo 1905 no tenía que ser solamente «un gran acto de resurgimiento español», sino que también debería servir para estrechar los lazos con los países hispanohablantes y con los demás pueblos latinos, sin excluir la participación de otros. En vista de la significación nacional que iba a tener el acto conmemorativo, tenía que ser el Gobierno el encargado de tomar las riendas de la organización. Especialmente la parte popular merecía atención, puesto que todos deberían participar en esta conmemoración gloriosa ³⁰.

La propuesta recibió una acogida muy favorable. Casi todos los periódicos y revistas, no sólo de Madrid, sino también de las provincias, la aclamaron. Incluso hubo quien propuso celebrar al mismo tiempo una «Exposición Universal de Industrias y Artes» en Madrid ³¹. Y el día 2 de enero de 1904 el recién formado gobierno de Antonio Maura publicó un Real Decreto, ordenando el nombramiento de una Junta que tenía que coordinar y apoyar las iniciativas por parte del Estado ³².

Solamente el escritor Ramiro de Maeztu (1875), que en estos años siempre llevaba la contraria, agitó la alegría anticipada. Según el joven periodista, el *Quijote* era la máxima expresión del cansancio del pueblo español. Después de haber luchado durante un siglo entero en todo el mundo, los españoles a principios del siglo XVII sentían un ferviente anhelo de reposar, una ansia que Cervantes había representado magistralmente haciendo ridículas las aventuras de su héroe. La novela es un «libro de los cansados, de los viejos y de los decadentes» y, por lo tanto, sumamente inútil para dar nutrición espiritual a la futura España. El niño necesita ser excitado a la acción, a buscar la aventura, y en vez de resignación hace falta fuerza y alegría ³³. Pero Maeztu era la excepción.

Las festividades (mayo 1905)

Los preparativos tropezaron con algunas dificultades. En diciembre de 1904, por ejemplo, cayó el gobierno Maura, para ser sucedido por dos meses

²⁹ Carta de Jacinto Octavio Picón a José Ortega Munilla de 29 de junio de 1905 en el *Archivo José Ortega y Gasset: subarchivo José Ortega Munilla*, carpeta P. Véase también Carmen CAFFAREL SERRA, *La labor periodística del José Ortega Munilla* (Madrid, tesis doctoral UCM, 1989), 57.

³⁰ CAVIA, «La celebración del centenario». Este intento de mejorar las relaciones con las antiguas colonias, el «hispanismo», se puede ver como una versión peculiar del nacionalismo español.

³¹ «El centenario del "Quijote"», *El imparcial* (11-XII-1903).

³² Para el Real Decreto véase: Miguel SAWA & Pablo BECERRA, Eds., *Crónica del Centenario de Don Quijote* (Madrid, 1905), 103-105.

³³ Ramiro DE MAEZTU, «Ante las fiestas del Quijote», *Alma española* I, 6 (13-XII-1903), 2-4.

por el «gobierno-puente» de Azcárraga, y en enero de 1905, por Villaverde, todos miembros del mismo partido conservador. Estos cambios de Gobierno llegaban en un mal momento, cuando tan sólo faltaban algunos meses para el centenario. A esto había que añadir el homenaje que se organizó para celebrar al premio Nobel de Echegaray, los días 18 y 19 de marzo. Aparte del autor teatral, también el médico Ramón y Cajal y el músico Manuel García recibieron premios internacionales en los primeros meses de 1905, y, por consiguiente, tenían que ser festejados. Todas estas celebraciones eran como un bálsamo para la opinión pública que estaba tan oprimida en aquellas fechas; otra vez podían enorgullecerse gracias a este reconocimiento internacional. Por tanto, cuando llegó la conmemoración de Don Quijote ya existía una cierta saturación.

El viernes, 5 de mayo, se inició el centenario en Madrid con la apertura de la gran exposición cervantina en la Biblioteca Nacional. Como en otras solemnidades importantes, el rey Alfonso XIII y algunos de sus ministros estuvieron presentes. Las fiestas populares empezaban el domingo con una batalla de flores —algo triste por la lluvia, la falta de público y las escasas decoraciones— y una retreta militar. El lunes se celebraron las ceremonias oficiales en la Universidad Central y en la Real Academia Española, y por la noche tuvo lugar un festival de orfeones en la Plaza de Toros, en el que destacó una importante aportación de Cataluña. El martes, la Real Academia celebró, con la asistencia del rey, unas solemnes exequias en honor de Cervantes en la iglesia de San Jerónimo. El mismo día también tuvo lugar una procesión cívica que acabó en la Plaza de las Cortes donde se coronó a la estatua de Cervantes. Las festividades se cerraron con una función en el Teatro Real y un último concierto de los orfeones en la Plaza de las Armas.³⁴

Pero las festividades no se limitaron a estas ceremonias oficiales. En Madrid muchos ateneos, academias, sociedades y establecimientos de enseñanza también organizaron reuniones especiales, y aparecieron diversas ediciones del *Quijote*. El libro de Cervantes también fue conmemorado en casi todas las capitales de provincia. El Estado había estimulado estas celebraciones, aconsejando, por ejemplo, a todas las escuelas y universidades no dejar pasar inadvertida esta fecha memorable. Los gobernadores civiles de la mayoría de las provincias se habían reunido con los notables regionales para coordinar las actividades locales. Muchos consejos municipales también desempeñaron un papel importante, pero, en general fue la alta burguesía la que tomó la iniciativa, aunque también estudiantes, maestros y obreros aportaron algo. Llama la atención que todas las regiones participasen en las fiestas, incluso Cataluña, a pesar del creciente movimiento regionalista. El centenario, por lo tanto, era una manifestación casi unánime de orgullo nacional, aunque cada ciudad y región subrayase sobre todo su propio papel en la obra maestra de Cervantes³⁵.

³⁴ Véase por el programa oficial por ejemplo: *La ilustración española y americana* XLIX, 16 (30-IV-1905), 255.

³⁵ Véase para un informe de las preparaciones y el transcurso de las festividades en todo el país la crónica «El centenario del "Quijote"» en *El Imparcial*. Un amplio resumen se encuentra

A pesar de las muestras de unidad nacional, durante la celebración surgieron voces críticas, o quizá sea mejor llamarlas decepcionadas. Sobre todo la parte oficial en Madrid no convenció a todos, menos aún cuando, durante la última noche, el tumulto delante del Palacio durante el concierto de los orfeones causó varios heridos ³⁶. «Acaso acaban con un par de entierros las últimas aventuras de *Don Quijote de la Mancha*», se quejaba un comentarista, posiblemente el propio Ortega Munilla, en *El Imparcial*. El autor proseguía lamentándose de la ocasión que no había sabido aprovechar el Estado: «Iba a celebrarse una fiesta en la que todos estábamos de acuerdo. No había disidentes, sólo había emulación en el entusiasmo. Si el gobierno hubiese sabido recoger este sentimiento nacional que trascendía a aquellas naciones hijas de la nuestra cuyo idioma es el castellano, el tercer centenario del *Quijote* nos hubiera elevado en la consideración ajena, nos hubiese satisfecho, nos hubiera fortalecido» ³⁷.

La gran cantidad, por otra parte, de publicaciones y conferencias, difícilmente podía decepcionar a los observadores. La segunda parte de este trabajo está dedicada al contenido de esos escritos y discursos. En primer lugar se hará un análisis de los principales discursos que fueron pronunciados en las ceremonias oficiales, para continuar con una reseña del ciclo de conferencias que celebró el Ateneo de Madrid y de los libros más importantes que se publicaron en torno al centenario. Finalmente hay que destacar brevemente las interpretaciones más importantes del libro de Cervantes, para concluir con algunas palabras acerca del papel del nacionalismo en el centenario.

Los discursos: ceremonias oficiales

Desde luego es interesante ver quiénes fueron los invitados para intervenir en las ceremonias más importantes. La Real Academia eligió a Juan Valera (1824), el «grand old man» de la literatura española, y la Universidad Central preferió a Marcelino Menéndez Pelayo (1856), a la sazón director de la Biblioteca Nacional. En el fondo, tenía su lógica; Valera era el único autor de renombre que ya en 1864 había dedicado un amplio ensayo a la obra maestra de Cervantes. Y Menéndez Pelayo, el mejor conocedor de la historia literaria, era el más idóneo para una aportación científica. No obstante, cabe señalar que los

también en SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario* 281-552. Para una descripción detallada de las preparaciones y festividades en una capital de provincia véase: *Memoria de los festejos celebrados por el Excmo. Ayuntamiento de Valencia para conmemorar el tercer centenario de la publicación del «Quijote»* (Valencia 1906).

³⁶ Véase por ejemplo «Los días de don Quijote». *El Imparcial* (6-V-1905), José FERNÁNDEZ BREMÓN, «Crónica cervantina», *La ilustración española y americana* XLIX, 17 (8-V-1905), 258, E. GÓMEZ DE BAQUERO, «Crónica literaria. El centenario del *Quijote*. Lo que ha sido y lo que debió ser» *La España Moderna* XVII, 198 (junio 1905) 142-151 y Juan ALCOVER, «Centenario del "Quijote"», *Revista Contemporánea* XXXII, 663 (julio 1905) 5-15.

³⁷ «Triste homenaje», *El Imparcial* (10-V-1905).

dos, Menéndez Pelayo más que Valera, se movían en la parte conservadora del espectro político. Otro hecho curioso fue el escaso interés que el sabio de Santander había mostrado por el *Quijote*. Sólo en 1904, con motivo de la recepción de un especialista de Cervantes en la Real Academia, Menéndez Pelayo había dedicado un escrito de cierta amplitud a este libro, en el cual seguía, a grandes rasgos, la interpretación de Valera. Esta interpretación adquirió, por tanto, gracias a la conmemoración de 1905, un carácter semi-oficial.

Juan Valera murió en abril de 1905, justo después de haber acabado su discurso, que ahora fue leído, en presencia del rey, por el político católico Alejandro Pidal (1846). La interpretación del anciano escritor hay que situarla en el contexto del florecimiento de estudios cervantinos del siglo XIX. Tuvo mucho eco especialmente la interpretación simbólica de Nicolás Díaz de Benjumea (1829-1884). Este autor defendía que el libro de Cervantes contenía una crítica oculta, pero feroz, de su propia época; sobre todo el clero era el objeto de su burla³⁸. Este tipo de explicaciones políticas no agradaban a Valera, quien en su escrito reaccionó ante todo contra esa visión. Según Valera, el *Quijote* era, en primer lugar, un libro entretenido y no contenía significados ocultos que debieran ser descifrados.

Pero, aunque Valera rechaza las interpretaciones abiertamente políticas, él también tiene su propia visión. A su juicio, Cervantes quería criticar los aspectos extravagantes de los libros de caballerías de su tiempo. En la obra también estaba reflejado el creciente racionalismo de la época y la consiguiente crítica de lo milagroso, sin que Cervantes negase la parte poética de la realidad. El *Quijote* no hay que considerarlo como un libro pesimista, y tampoco como un llamamiento a reformar la sociedad existente, como algunos sostenían, sino más bien como una defensa animada de una actitud respetuosa frente a las autoridades, aunque acompañada de un «amor de la igualdad» casi democrático. Pero también la visión de Valera tenía un contenido político: «No por el ansia furiosa de trastornar y destruir», escribe, «sino conservando y mejorando con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue»³⁹.

Marcelino Menéndez Pelayo, que ya no era el joven combativo del «Brindis», no se comprometía demasiado en su discurso festivo en la Universidad Central. En el año anterior, ya había expuesto de manera sistemática sus ideas, que se inspiraban sobre todo en el ensayo de Valera del año 1864. En aquella ocasión el historiador literario había dicho que la crítica de Cervantes a los degenerados libros de caballerías puso fin a este género. Fue sobre todo el carácter inmoral, los falsos ideales, y los elementos frívolos los que habían sido censurados en el *Quijote*. Cervantes no tenía por blanco a la inteligencia huma-

³⁸ Gladys SEDA RODRÍGUEZ, *Unamuno, critic of Cervantes* (Dissertation, Columbia University 1968) 40-51 y Alberto NAVARRO, «Introducción» en: Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid, ed. A. NAVARRO, 1992) 13-127, esp. 42-51.

³⁹ Juan VALERA, «Consideraciones sobre "el Quijote"» (Discurso escrito por la Real Academia Española y leído por D. Alejandro Pidal el día 8 de mayo de 1905) en: Idem, *Cervantes y el Quijote* (Madrid 1952) 105-172, esp. 152 y 157-158.

na, ni al heroísmo, sino al «individualismo anárquico» y a la acción disparatada que no se adapta al medio. La «aspiración generosa» de Don Quijote permanece íntegra, y al final muere cuerdo y como cristiano ⁴⁰.

Esta interpretación vuelve en su discurso de 1905. Igual que Valera, Menéndez Pelayo considera la obra de Cervantes como un libro cómico, donde la crítica se expresa de una manera muy indulgente. El autor es, para Menéndez Pelayo, un ejemplo de equilibrio, armonía y sensatez ⁴¹. Aunque el orador no pone énfasis en sus propias ideas políticas, éstas se traslucen claramente en sus palabras. Así afirma que Cervantes era «sinceramente fiel a la creencia tradicional», y él mismo valora sobre todo su patria, la fe, la justicia y la disciplina social. Los cambios radicales y la acción sólo por el placer de aventura le merecen seria desaprobación ⁴². Posiblemente influido por el entorno universitario, al final de su conferencia dedica algunas palabras a temas educativos: Lo que había de «bajo e inferior» en la naturaleza de Sancho iba perdiendo terreno gracias a la suave disciplina que profesaba el caballero andante sobre él. Por cierto un hermoso ejemplo! ⁴³.

Tanto Valera como Menéndez Pelayo, en el fondo, toman al pie de la letra la afirmación de Cervantes en el prólogo del Quijote, de que el libro «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías». No obstante, también había alguna diferencia. Mientras el primero contrapone lo poético a una visión demasiado racionalista del mundo, Menéndez Pelayo defiende ya un punto de vista cristiano. Alejandro Pidal, que leía el discurso de Valera, dio un paso más. España, la fuente de inspiración más importante de Cervantes, había otorgado al libro su «espíritu caballeresco y cristiano» ⁴⁴. Y el pueblo español era la encarnación de la «democracia cristiana». El segundo acto oficial de la Real Academia iba a seguir la misma pauta.

Este acto, la misa que la Real Academia consagró a la memoria de Cervantes, tuvo también un alcance nacional gracias a la asistencia del rey. En esta ocasión el obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840) pronunció un elogio fúnebre. El obispo, de origen mejicano y académico correspondiente, ensalzaba a Cervantes, quien como soldado había luchado en Lepanto, como «el tipo perfecto del caballero cristiano y español». Fe, pundonor, patriotismo, abnega-

⁴⁰ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Interpretaciones del Quijote» (Discurso leído en la Real Academia Española, en 29 de marzo de 1904, contestando al de recepción de don José María Asensio) en: Idem, *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo VI Estudios y discursos de crítica histórica y literaria I* (Santander 1941) 303-323.

⁴¹ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del «Quijote»* (Discurso acerca de Cervantes y el «Quijote» leído en la Universidad Central en 8 de mayo de 1905), 7.

⁴² MENÉNDEZ PELAYO, «Interpretaciones del Quijote», 318-321 y MENÉNDEZ PELAYO, *Cultura literaria de Cervantes*, 7 y 28.

⁴³ MENÉNDEZ PELAYO, *Cultura literaria de Cervantes*, 30-31.

⁴⁴ Alejandro PIDAL en: Juan Valera «Consideraciones sobre el Quijote», 170.

ción y valor son las virtudes que caracterizaban tanto a Cervantes como a Don Quijote. Y mientras España se había atenido a estos valores, Dios se había servido del país «para las más altas proezas». La decadencia había empezado cuando los «cálculos matemáticos y especulaciones prosaicas» habían sustituido a las virtudes quijotescas. El orador preveía el inicio de una nueva era dorada cuando todos los hispanohablantes se uniesen y reconociesen en la «Cruz de Jesucristo la única salvación de la raza latina». ⁴⁵ Para el ponente la cuestión religiosa es primordial. Un «renacimiento católico» es un requisito imprescindible para la posible «regeneración» de la patria, que tampoco se limitará a las fronteras nacionales.

Montes de Oca no era el único que defendía una interpretación católica. En muchas ciudades los clérigos reclamaban a Cervantes y su obra para la fe católica ⁴⁶. Por otra parte, en muchas conferencias también se criticó a la Iglesia, sobre todo su política intolerante en los tiempos de Cervantes fue el objeto de escarnio. El ejemplo más extremo de esta interpretación anticlerical apareció en 1904 como una reacción a la conferencia de Menéndez Pelayo en mayo de aquel mismo año. El autor, el coronel de artillería Baldomero Villegas, afirmaba que el libro de Cervantes contenía una crítica obvia de su tiempo. Y, el hecho de que sus ideales de justicia, ciencia y fraternidad todavía no se hubiesen convertido en realidad en España, era únicamente culpa del clero ⁴⁷. Durante las festividades del año siguiente se oyeron algunas voces anticlericales, pero en general el tono fue un poco más matizado.

No todas las reuniones con carácter oficial fueron de signo conservador. En la Real Academia de Bellas Artes el orador designado fue el diputado republicano Jacinto Octavio Picón, uno de los iniciadores del centenario. Su visión, muy parecida a la de Cavia, debió coincidir a grandes rasgos con las ideas de Ortega Munilla. Al principio de su discurso, Picón sigue la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo: el libro es una parodia magistral de los libros de caballerías, sin quitar méritos a los ideales caballerescos y sin ser una obra pesimista. Pero Picón da un paso adelante, incitando a sus compatriotas a seguir el ejemplo de Don Quijote. Como el Caballero de la Triste Figura amaba sin reservas a su Dulcinea, así los españoles tienen que poner su Patria y la Justicia por encima de todo. Trabajando con abnegación, y luchando contra «el atraso, el fanatismo, la holganza» y «la rutina», se puede, paso a paso, trocar la pobre España en «opulenta y dichosa» ⁴⁸.

⁴⁵ Ignacio MONTES DE OCA Y OBREGÓN, *Elogio fúnebre de Miguel de Cervantes Saavedra* (pronunciado en las solemnes exequias que celebró la Real Academia Española en la iglesia de San Jerónimo el 9 de mayo de 1905).

⁴⁶ Véase por ejemplo: Francisco JIMÉNEZ CAMPAÑA, «Don Quijote y la religión» en: *El Ateneo de Madrid en el III centenario de la publicación de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Madrid 1905), 301-317 y R.P. Fr. Evaristo F. ARIAS, *Cervantes. Hijo fidelísimo de la iglesia* (Trabajo leído en la Velada, celebrada en el Instituto General y Técnico de Ávila el 8 de Mayo de 1905).

⁴⁷ Baldomero VILLEGAS, *La cuestión social en el Quijote* (Madrid 1904).

⁴⁸ Jacinto Octavio PICÓN, «Cervantes y el "Quijote"» (Discurso en la Academia de Bellas Artes de Madrid, mayo 1905) en: SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario* 173-185.

Las solemnidades celebradas en el Colegio Médico de San Carlos ganaron relieve con un discurso del ministro de Gobernación, González Besada. Pero sus palabras sobre las aptitudes de Sancho para gobernar la ínsula Barataria carecen de interés, ya que no era más que un elogio superficial. Los demás discursos siguieron más o menos la pauta trazada por Picón y Cavia. Julián Calleja (1837), el presidente del Colegio Médico de Madrid, por ejemplo, esperaba que las fiestas en honor de Cervantes pudiesen ayudar a la «regeneración intelectual» del país. Trabajando con firmeza el país puede destruir la ignorancia y «entrar en el concierto universal de las naciones más adelantadas»⁴⁹. El mejor discurso en la conmemoración de los médicos fue probablemente el de Santiago Ramón y Cajal (1852). En España, lamentaba Cajal, no hay civismo y faltan espíritus emprendedores. En su lugar dominan la ignorancia y la resignación; en síntesis, sobran los Sanchos y faltan los Quijotes⁵⁰.

Con esto quedan esbozadas las posiciones más importantes. Primero hemos visto la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo, quienes subrayan sobre todo los aspectos cómicos del libro y critican anhelos revolucionarios. Típica de esta visión conservadora es una afirmación de Julio Cejador (1864). Para él, el mejor equivalente del *Don Quijote* en pintura era la obra de Murillo. Leyendo el libro de Cervantes, tanto como observando un cuadro de Murillo, Cejador siente una paz serena: «Murillo, con su delicadeza sobrehumana, su naturalidad exquisita, su idealismo soberano, arroba y eleva los sentimientos, ensancha los espíritus, y baña el alma de un sosiego estético»⁵¹.

A continuación hemos encontrado una interpretación católica, en la que prima la cuestión religiosa. En el fondo, los enemigos implacables de esta visión, con su propia interpretación anticlerical, también otorgan una importancia primordial a la religión. Este debate, un poco unilateral, se situaba más bien al margen de las festividades.

Más eco tuvo la opinión de Picón, Ramón y Cajal, etcétera. Ellos acentúan la lección que se puede aprender del libro de Cervantes: hay que trabajar con perseverancia para combatir el atraso cultural y económico del país. El contenido del libro no les importa demasiado; el centenario funciona más bien como una ocasión para fomentar la unidad y el progreso de la nación. Las interpretaciones que surgieron dentro de esta línea tenían, aparte del fin nacionalista, sólo algunos elementos en común, entre los que destacan algunas cualidades de Cervantes y Don Quijote, como por ejemplo la tenacidad, la honestidad y el patriotismo. Quizá no sea exagerado llamar este tipo de interpretación «regeneracionista», ya que el progreso del país era lo fundamental.

⁴⁹ Julia CALLEJA, «Discurso en el Colegio de Médicos de Madrid el día 9 de mayo de 1905», en: SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario*, 158-161.

⁵⁰ S. RAMÓN Y CAJAL, *Psicología de Don Quijote y el quijotismo* (Discurso leído en el Colegio Médico de San Carlos el día 9 de mayo de 1905).

⁵¹ Julio CEJADOR y FRAUCA, «El "Quijote" y la lengua castellana» en: *El Ateneo en el Centenario*, 121-147, esp. 125.

Las conferencias en el Ateneo

Los actos no se limitaron a estas reuniones y discursos oficiales. En todo el país se celebraron conferencias acerca de la obra inmortal de Cervantes. Los periódicos y revistas tampoco quedaban atrás, y casi todos ellos reservaron algunas páginas para los acontecimientos del centenario. Incluso hubo muchos que dedicaron un número monográfico al libro, y no sólo fueron revistas culturales, como *Blanco y Negro* y *La Ilustración Española y Americana*, sino también revistas especializadas como la *Revista General de Marina* y la *Revista Penitenciaria*. Militares y criminólogos, tanto como eclesiásticos, políticos, escritores, trabajadores, patronos, maestros y científicos, todos aportaron algunas palabras para conmemorar al *Quijote*.

No obstante, también hubo ausencias notables, particularmente de los escritores más famosos y reconocidos. Echegaray (1832) se dormía sobre los laureles y se excusó de no poder aportar algo. Pero tampoco Pérez Galdós (1843) publicó algo de sustancia, y Emilia Pardo Bazán sólo escribió una página en un tono un poco irónico⁵². Otros ausentes fueron los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza. Giner de los Ríos (1839), por ejemplo, nunca había publicado algo de interés sobre Cervantes y tampoco lo hizo en 1905. La anunciada conferencia de Gumersindo de Azcárate (1840) no se produjo⁵³, y tampoco políticos ilustres como Silvela (1845) y Maura (1853) quisieron presentarse en la cátedra del Ateneo⁵⁴. Casi todos expresaron su admiración por el libro de Cervantes pero, en contraste con algunos de los escritores jóvenes, nunca publicaron un escrito sobre el *Quijote*. Significativa es la carta con la cual Echegaray se excusó en Alcalá de Henares por no haber escrito algunas páginas para las fiestas en la ciudad natal de Cervantes. En aquella ocasión escribió: «El *Quijote* es mi libro predilecto... (una) creación prodigiosa, que dada mi pequeñez, temería profanarla si pretendiera fabricar cárcel para su inmensidad en unas cuantas cuartillas»⁵⁵. Delante de su grandeza se asombra, y no se atreve a añadir nada.

Aunque algunos guardasen silencio, es imposible reseñar todo lo que se dijo y escribió acerca del *Quijote*. La mayoría de los trabajos, además, carece de interés, ya que los autores repitieron los tópicos, o siguieron las interpretaciones conocidas. Por eso me limito al ciclo de conferencias que se celebró en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid y a algunos de las obras más relevantes.

⁵² Emilia PARDO BAZÁN, «Cervantes, periodista a la moderna» en: *El Centenario del Quijote en Galicia* (La Coruña, 1905), 5.

⁵³ «El Centenario del "Quijote". En el Ateneo», *El Imparcial* (25-IV-1905).

⁵⁴ Carmen DE ZULUETA, *Navarro Ledesma, el hombre y su tiempo* (Madrid/Barcelona, 1968), 192.

⁵⁵ «Carta del señor Echegaray» en: SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario*, 292-293. Para la opinión de los otros escritores véase también SEDA RODRÍGUEZ, *Unamuno critic of Cervantes*, 56-68.

El Ateneo honraba su fama como centro intelectual del país, organizando un ciclo de unos veinte conferencias —que se pronunciaron entre el día 29 de abril y el 7 de mayo de 1905— en el cual casi todos los grupos políticos y sociales estuvieron representados. Así, hubo un eclesiástico que exponía la interpretación católica y la respuesta anticlerical la daba un militar⁵⁶. Casi todos los discursos se centraron en un aspecto del *Quijote* como tema: la lengua, la criminalidad, las armas, la locura, el honor, etcétera.

Uno de los oradores más curiosos fue Juan José Morato (1864), tipógrafo y político socialista, que, al final de su disertación declaraba abiertamente que estaba contento de poder marcharse de ese bastión burgués. Según él, Don Quijote era sobre todo un rebelde, y aunque Cervantes no podía ser un reformador social, por lo menos era un espíritu muy afín. Don Quijote veía en la propiedad la fuente de todas las miserias y desdichas y aspiraba a la paz, la ventura y abundancia para todos. Por lo tanto, el *Quijote* también es un libro «de consuelo, aliento y esperanza para los incultos y oprimidos»⁵⁷.

En algunos discursos se trasluce la influencia de la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo⁵⁸. Pero hubo más conferencias de signo progresista. Así el criminólogo Rafael Salillas (1855) y el médico Ricardo Royo Villanova (1868) arremetían contra la injusticia, la ignorancia y contra el régimen de recomendaciones. Y se lamentaban que desde los tiempos de Cervantes la situación no hubiese mejorado mucho. Ambos se mostraban, por tanto, muy pesimistas en cuanto al futuro del país. Salillas esperaba que Cervantes pudiese interceder con «el padre Apolo» para pedirle su ayuda y hacer progresar al país. Royo Villanova opinaba incluso que Don Quijote estaba enterrado para siempre en España, mientras en América, y sobre todo en los Estados Unidos, su espíritu estaba todavía vivo. Especialmente la figura de Teddy Roosevelt —quien en 1898, como el líder de los *Rough Riders*, había luchado contra España y ahora era el presidente del país norteamericano— era un buen ejemplo del «hombre de acción» que arremete contra la ignorancia y el egoísmo. Acabó su ponencia con una referencia muy amarga a Boabdil, el último soberano del reino de Granada, diciendo: «Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido conservar como hombres»⁵⁹.

Una opinión política parecida fue la expresada por el liberal demócrata José Canalejas (1854). Pero, como buen político, su tono era, desde luego, mucho más optimista. Que el público en el Ateneo estaba en gran parte de acuerdo con él se desprende de los aplausos que recibió, sobre todo cuando afirmaba que habían sido principalmente la nobleza y la monarquía las que tenían la cul-

⁵⁶ Resp. JIMÉNEZ CAMPAÑA, «Don Quijote y la religión» en: *El Ateneo en el Centenario*, 301-317 y José IBÁÑEZ MARÍN, «Don Quijote y las armas» en: *Ibidem*, 267-293.

⁵⁷ Juan José MORATO, «Don Quijote y los oprimidos» en: *Ibidem*, 351-361.

⁵⁸ El mejor ejemplo es CEJADOR, «El "Quijote" y la lengua castellana».

⁵⁹ Resp. Rafael SALILLAS, «La criminalidad y la penalidad en el "Quijote"» en: *El Ateneo en el Centenario*, 87-121 y Ricardo ROYO VILLANOVA, «Don Quijote y la locura» en: *Ibidem*, 223-253.

pa de la decadencia nacional, y cuando decía que España necesitaba una «gran transformación progresiva». Canalejas no alaba a Don Quijote por sus trabajos ni por su justicia, sino asegurando que Cervantes había dado el ejemplo devolviendo Don Quijote a la razón. Y de la misma manera, España tenía que recobrar la razón, dedicarse al trabajo, y con sus propias fuerzas llegaría a ser grande otra vez ⁶⁰.

En el Ateneo, sin embargo, también se manifestaban ideas nuevas, y eso en nada menos que la mitad de las conferencias. Los ponentes eran sin excepción escritores jóvenes. Ya que los escritores de mayor edad no habían aceptado la invitación para hablar, la sección literaria del Ateneo había recurrido a los jóvenes. Ellos, además, formaban la junta de esta sección: su presidente era Francisco Navarro Ledesma (1869), y entre sus secretarios figuraban Ramón Pérez de Ayala (1881) y José Ortega y Gasset (1883) ⁶¹. El último ya había marchado a Alemania en febrero de 1905, lo que hacía imposible su intervención.

Aparte de las conferencias de Navarro Ledesma y *Azorín*, que serán tratadas más adelante, los ideales nuevos se expresaron mejor en el discurso de Antonio Palomero (1869). En general, estos escritores jóvenes veían a Don Quijote como un rebelde, e incluso como un redentor, quien podía salvar al país. Con esto se oponían con fuerza a las interpretaciones existentes. Mientras Valera y sobre todo Menéndez Pelayo habían advertido contra acciones descontroladas y contra el amor de aventuras, estos conferenciantes abogaban en su favor. Tampoco estaban de acuerdo con la opinión de Picón, Canalejas y otros, de que el país necesitaba reformas, basadas en los últimos adelantos de la ciencia y en el sentido común. La razón ya no les satisfacía. Palomero por ejemplo critica «las voces destempladas, áridas e infecundas de los apóstoles de la previsión y de la cordura» que ahora decretan la muerte de Don Quijote, o que, a lo sumo, alaban a Alonso Quijano, vuelto a la razón. Sin su locura sublime, el héroe de Cervantes no era más que uno de esos «seres vulgares,... granos de arena incapaces de ser montaña sino todos juntos» ⁶².

El momento en que Don Quijote, justo antes de morir, se recupera de su locura, lo describe Palomero con las siguientes palabras: «al perder la sana alegría que ha iluminado su vida aventurera, vuelve a la obscuridad de su razón para emprender el viaje a la obscuridad eterna. La tristeza le mata». La razón se identifica para el autor con tristeza y oscuridad. Y sigue diciendo que igual que otros sabios, conquistadores, apóstoles, poetas y artistas, Don Quijote también fue declarado loco por «cierto sentido burgués que ha buscado luego hasta el amparo de la ciencia». Afortunadamente quedan todavía algunos «espíritus fuertes y animosos», que creen en el porvenir y ven en Don Quijote un guía luminoso. Lo que ante todo estimaba en su héroe era su firmeza, su optimismo,

⁶⁰ José CANALEJAS, «Don Quijote y el derecho» en: *Ibidem*, 441-451.

⁶¹ Francisco VILLACORTA BAÑOS, *El Ateneo de Madrid, círculo de convivencia intelectual (1885-1913)* (Madrid, 1985), 315.

⁶² Antonio PALOMERO, «La imitación de nuestro señor don Quijote» en: *El Ateneo en el Centenario*, 179-189

su sentimiento de superioridad, su generoso idealismo, su acción y sobre todo su justicia ⁶³.

Una misma aversión de la mediocridad, una preferencia por la acción, aventura y cambio, y una adoración casi bíblica de Don Quijote, la podemos encontrar también en algunos otros discursos. Tampoco faltaban las referencias a Nietzsche, el filósofo de moda, por lo menos para esos escritores jóvenes ⁶⁴.

Azorín

Hubo tres autores que en 1905 desempeñaron un papel fundamental al publicar libros de mucha envergadura sobre Cervantes y Don Quijote. *Azorín* (1873), Miguel de Unamuno (1864) y Francisco Navarro Ledesma (1869) pertenecían, tanto por sus ideas, como por su edad, al grupo de escritores jóvenes que tan prominentemente habían presentado su visión del *Quijote* en el Ateneo. *Azorín* (pseudónimo de José Martínez Ruiz) publicaba en 1905 en las páginas de *El Imparcial* su *La ruta de Don Quijote*, que en el mismo año también aparecería como libro. Ortega Munilla le había contratado para hacer un viaje a la tierra de Don Quijote de la Mancha ⁶⁵, y sus impresiones aparecerían entre el 4 y el 25 de marzo, casi siempre en la primera página del periódico. Navarro Ledesma, a quien ya hemos visto como el organizador del ciclo de conferencias en el Ateneo, publicó una extensa biografía de Cervantes: *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida*. El libro estaba dedicado a Ortega Munilla, quien desde su periódico seguía dando impulsos al centenario publicando también este libro por entregas.

Miguel de Unamuno actuaba, como siempre, en solitario. Y su *Vida de Don Quijote y Sancho*, aunque no tuvo tantos lectores como los libros de Navarro Ledesma y *Azorín*, fue quizá la obra más profunda y de mayor originalidad en aquel año conmemorativo. Pero ¿por qué fueron justo estos escritores relativamente jóvenes los que dedicaron tantas páginas al libro de Cervantes? Ya hemos visto que los autores de renombre de las generaciones anteriores guardaban silencio, o, como mucho, escribían algún ensayo acerca del libro como habían hecho Valera y Menéndez Pelayo. Tampoco las élites culturales, desde donde había salido la iniciativa para conmemorar el libro, produjeron más que algún discurso obligatorio. Fue sobre todo gente joven la que se entusiasmó y la que publicó incluso libros enteros.

⁶³ PALOMERO, «Imitación de don Quijote», 181-185.

⁶⁴ Véase sobre todo: Adolfo BONILLA Y SAN MARTÍN, «Don Quijote y el pensamiento español» en: *El Ateneo en el Centenario*, 317-339. Para la influencia de Nietzsche: Ramón PÉREZ DE AYALA, «Don Quijote en el extranjero» en: *Ibidem*, 361-381, 378 y Andrés OVEJERO, «De la muerte de Don Quijote» en: *Ibidem*, 189-213, esp. 205. Véase además los discursos de Enrique de Mesa y Rafael Urbano.

⁶⁵ José María MARTÍNEZ CACHERO, «Introducción» en: AZORÍN, *La ruta de Don Quijote* (Madrid ed. Martínez Cachero, 1995), 9-51, esp. 32.

En el caso de *Azorín*, se puede alegar que fue Ortega Munilla quien le había pedido hacer un viaje a la Mancha. Pero *Azorín*, tanto como Unamuno, ya había dedicado algunos artículos a Cervantes y a su héroe novelístico, y además él era uno de los conferenciantes en el Ateneo. Así que su interés por el *Quijote* no era una cosa pasajera. En su conferencia hablaba de la visita de Don Quijote a la casa del Caballero del Verde Gabán. Describe a este personaje secundario como un buen burgués: ordenado, afable, con cierto bienestar, leal, y suavemente egoísta. Con sólo su presencia Don Quijote ya perturba la serenidad de esta casa. El es, a fin de cuentas, lo opuesto de un burgués decente. Don Quijote no tiene plan, ni lógica, desprecia el dinero y no le importan nada las convenciones sociales ni teme el ridículo. El hijo de la familia escribe poesías y el extraño visitante le incita a hacerse poeta, frustrando así los planes que el padre tenía para que su hijo estudiase algún oficio útil ⁶⁶.

Pero, preguntaba *Azorín* de una manera directa y poco convencional a su público, «¿Qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores?» La respuesta de *Azorín* es otra muestra de su propia actitud lacónica. Afirma sentir una cordial simpatía por los primeros, «pero al mismo tiempo yo quisiera tener una pequeña renta, una tiendecilla o unos majuelos» ⁶⁷.

Al literato no le importan demasiado el progreso de la humanidad y el crecimiento económico del país. Critica la vida rutinaria de la burguesía, pero no tiene una alternativa viable. En *La ruta de Don Quijote* también muestra su aversión contra las grandes urbes modernas ⁶⁸, aunque el campo tampoco le satisface. Describe los habitantes de los pueblos de la Mancha con la ironía suave de siempre. En la tierra de Don Quijote se respira un ambiente de abandono, tristeza y decadencia. No obstante, en los pueblos desmoronados y en los llanos infinitos también se comprende al Caballero de la Triste Figura. La soledad, la monotonía y la desesperación fomentan los ensueños y la fantasía se echa a volar. De repente, surge la actividad frenética, pero sin plan, sin concierto. Algunas iglesias, por ejemplo, fueron proyectadas de una manera grandiosa, pero las obras nunca fueron terminadas. Los entusiasmos se apagaban y la población volvía a la resignación, la pasividad y la indiferencia. Y era esta «exaltación loca y baldía» la que Cervantes había condenado en su libro. Esto no quiere decir que Cervantes también desaprobase los ideales e ilusiones. Confianza en sí mismo y una cierta «vena ensoñadora» al fin y al cabo son indispensables para poder realizar «grandes empresas humanas», como ha demostrado de manera concluyente el pueblo inglés ⁶⁹.

⁶⁶ AZORÍN, «Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán» en: *El Ateneo en el Centenario del Quijote*, 293-301.

⁶⁷ AZORÍN, «Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán», 297.

⁶⁸ AZORÍN, «La ruta de Don Quijote. En Marcha». *El Imparcial* (6-III-1905).

⁶⁹ AZORÍN, «La ruta de Don Quijote. El ambiente de Argamasilla» y «La exaltación española», *El Imparcial* (9 y 25-III-1905).

La mayor parte de *La ruta de Don Quijote* lo dedica a la descripción de sus propias emociones: le impresiona mucho el paisaje llano y monótono. Se siente alternativamente melancólico, abrumado, anonadado, exasperado, enervado y desesperado. Pierde la noción del tiempo y del espacio, las horas y días se disuelven. Parece que desde los tiempos de Cervantes nada ha cambiado⁷⁰. Ya al marcharse de Madrid se siente cansado y triste. Y se pregunta: ¿No es la vida, «una repetición monótona, inexorable, de las mismas cosas con distintas apariencias?» y si su displicencia no es un «deseo de algo mejor». De todos modos, ama a la «gran figura dolorosa» de Don Quijote, cuya vida era «un combate inacabable, sin premio», por ideales que no vería realizados⁷¹.

Miguel de Unamuno

Aunque las ideas de Miguel de Unamuno eran parecidas a la de Azorín, él lo sabía explicar con más profundidad e incluso aportaba algunas reflexiones de gran originalidad. En lugar de la resignación melancólica de Azorín, en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho* encontramos una agresividad casi explícita. Unamuno se sentía incomprendido y solitario⁷². Y aunque en 1900 había sido nombrado rector de la Universidad de Salamanca y teniendo ya cierta fama como escritor, en estos años pensaba seriamente en emigrar a América —por malestar y no para mejorar su posición—⁷³. Las festividades alrededor de la conmemoración del *Quijote* no agradaban demasiado a Unamuno⁷⁴, y el que su libro apareciera en uno de los primeros meses del año festivo fue más bien una casualidad. Lo cierto es que ya desde los años noventa había dedicado varios trabajos a la figura de Don Quijote⁷⁵.

Su descontento quedaba claro en su agria crítica de casi todo el mundo. Contestaba a la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo, en el sentido de que Cervantes sólo quería escribir una parodia de los libros de caballerías, preguntándose: «¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?» Lo que Cervantes opinaba no le interesa a Unamuno. Él interpreta la vida de Don Quijote y Sancho como quiere⁷⁶. En un prólogo de 1928 vuelve

⁷⁰ AZORÍN, «El ambiente de Argamasilla» y «La cueva de Montesinos», *El Imparcial* (9 y 19-III-1905).

⁷¹ AZORÍN, «La Partida», *El Imparcial* (4-III-1905).

⁷² MIGUEL DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905. Madrid, ed. A. Navarro, 1992), 271 y 444-446.

⁷³ LAUREANO ROBLES, «Cartas de J. Lázaro Galdiano a Unamuno» en: María Dolores GÓMEZ MOLLEDA, ed. *Volumen-homenaje a Miguel de Unamuno*, (Salamanca 1986), 734-750. Véase para su estado de ánimo también: Emilio SALCEDO, *Vida de Don Miguel. Unamuno en su tiempo, en su España, en su Salamanca. Un hombre en lucha con su leyenda* (Salamanca, 1964), 109-139.

⁷⁴ MIGUEL DE UNAMUNO, «Discurso en la velada literaria en la Universidad de Salamanca» (mayo, 1905) en: SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario*, 500-501.

⁷⁵ Aunque el artículo más conocido sea quizá «¡Muera Don Quijote!» (1898), sus alusiones a la obra de Cervantes casi siempre fueron muy positivas.

⁷⁶ MIGUEL DE UNAMUNO, «Sobre la lectura e interpretación del "Quijote"». *La España Moderna* XVII, 196 (abril, 1905), 5-23, esp. 9. Véase también UNAMUNO, *Vida de Don Quijote*, 434

sobre el tema. Un traductor de su libro le señaló que no había citado bien a Cervantes, y Unamuno le replica que lo había mirado otra vez en el original árabe de Cide Hamete Benengeli —una invención de Cervantes— y que Cervantes había errado en la traducción y no él ⁷⁷. Con lo cual solamente quería decir que él tenía tanto derecho como Cervantes a comentar la vida de Don Quijote.

La interpretación de Unamuno era a veces muy provocativa. Así, comparaba la vida de Don Quijote casi continuamente con la de San Ignacio de Loyola, el fundador de la orden de los jesuitas. Otras veces sus comentarios eran muy originales. Afirma, por ejemplo, que Don Quijote no se había puesto en camino para deshacer entuertos y agravios, sino para hacerse inmortal. Y, se pregunta si no estaba en la raíz de su ansia de inmortalidad, su amor, ocultado durante doce largos años, por Dulcinea. Trágicamente, sólo en su locura Don Quijote se atrevía a declarar abiertamente su amor ⁷⁸.

Pero, como ya hemos visto, Unamuno censuraba en sus elaborados comentarios de la vida de Don Quijote muchas cosas de su propio tiempo. Aunque criticaba a los tradicionalistas y los jesuitas, ellos no fueron su blanco preferido ⁷⁹, sino lo fueron sus coetáneos progresistas. Los molinos de viento de antaño son las locomotoras, los automóviles, los telégrafos y las ametralladoras de ahora, que siguen siendo tan dañinos como antes. Todavía se adora al progreso y aún se buscan soluciones concretas, remedios, un elixir. Para algunos es el «conocimiento regenerativo», para otros el «bálsamo católico, el revulsivo anticlerical, el emplasto aduanero, o el vejigatorio hidráulico» ⁸⁰. Pero de lo que verdaderamente se trata en la vida, prefieren no pensarlo. La ciencia no suele ser más que una rutinaria colección de datos, y este tipo de «erudición» procede de «pereza espiritual» y del miedo de ocuparse de verdaderos «eternos problemas», y por lo tanto no tiene más valor que un «juego de ajedrez» ⁸¹.

Tampoco la democracia y el pueblo se libran de su crítica. El Parlamento es como un retablo de figurillas de pasta y necesita una buena limpieza. Además Unamuno afirma que, al juntarse hombres racionales o semirracionales se expresarán «a modo de rebuzno». Y consultar un «pueblo asno» le parece absurdo ⁸².

Pero, ante todo Antonia Quijana, la sobrina de Don Quijote, es el objeto de su escarnio. Para él, ella es la personificación del sentido común, y desafortunadamente su espíritu reina en España. No cree en el amor ni en la gloria, para ella solamente valen «el amodorrador sosiego del hogar» y «la seguridad de los garbanzos». De la gloria no se puede comer y el laurel sólo es bueno «para asaborar las patatas cocidas». «En sus brazos se ahoga todo heroísmo». De esta

⁷⁷ Miguel de UNAMUNO, «Prólogo a la tercera edición» (1928) en: Idem., *Vida de Don Quijote*, 135-137.

⁷⁸ UNAMUNO, *Vida de Don Quijote*, 222-231 y 344-346.

⁷⁹ Ibidem, 373 y 399.

⁸⁰ Ibidem, 199-200 y 216-217.

⁸¹ Ibidem, 492 y 373 y UNAMUNO, «Sobre la lectura del Quijote», 5-9.

⁸² Ibidem, 386-389.

manera, el país no iba a progresar nunca. Gracias a la tiranía del sentido común y a la cobardía moral hay paz, pero, se pregunta Unamuno, ¿no sería mejor una guerra civil? Prefiere la paz, pero después de la victoria de la sinceridad sobre la mentira ⁸³.

Así como hiciera Don Quijote no debemos dejarnos guiar por dogmas, fórmulas, recetas o por el sentido común. ¡Vivir! «Hay que echar a los hombres en medio del Océano y quitarles toda tabla, y que aprendan a ser hombres, a flotar». El hombre debería afrontar los eternos problemas y no huir de sus inquietudes internas. Es sobre todo el miedo por la muerte que nos confronta con esas cuestiones. En momentos de suprema angustia vemos que llevamos el mundo dentro de nosotros. El mundo es nuestro sueño, nuestra creación, y no una mera representación. Cuando nos mejoremos, santificaremos al mismo tiempo al mundo ⁸⁴. Las cuestiones personales, por lo tanto, son mucho más importante que las sociales, pero casi nadie lo reconoce. Nuestra tarea consiste en ser buenos ⁸⁵.

El mundo de las apariencias, el mundo de la lógica y de la razón, no cuenta, lo esencial son las verdades hondas. Es la voluntad la que nos hace el mundo y la vida misma es el criterio de la verdad. Así pues, «todo es verdad, en cuanto alimenta generosos anhelos y pare obras fecundas». Lo que importa no es tanto el resultado de nuestros actos, sino su intención ⁸⁶. Y la imitación de la vida ejemplar de Don Quijote nos puede ayudar en este sentido. Él creó su propio mundo, y vivía según su propia verdad.

Y tanto como el hombre necesita creer en algo, tener su propia verdad o ideal, así también la nación entera debe tener una misión. Tanto como para el hombre individual, a la nación tampoco le basta el mayor bienestar, ni aun la felicidad. Según Unamuno, hay que aspirar a algo, y Dios había fundado España, el pueblo de Don Quijote y Sancho, «sobre la fe en la inmortalidad personal», y España debería predicar otra vez esta verdad quijotesca.

Unamuno enfatizaba sus argumentos utilizando términos bíblicos. Si bien es cierto que Don Quijote se murió, lo hizo después de sacrificarse renunciando a su obra. Pero antes el caballero andante había contagiado a su escudero con la locura, y Sancho todavía está vivo. Los fieles de Don Quijote, como Unamuno, esperan ahora la salida de Sancho quien asentará «para siempre el quijotismo sobre la tierra». Y entonces Don Quijote volverá a la tierra ⁸⁷.

Navarro Ledesma

Aunque la visión de Unamuno tenía elementos muy personales, en general no se diferenciaba demasiado de la de los conferenciantes jóvenes del Ateneo,

⁸³ Ibidem, resp 336, 519-522 y 305-314.

⁸⁴ Ibidem, resp 479, 492-494, 446-447 y 440-441.

⁸⁵ Ibidem, 379-380 y 512.

⁸⁶ Ibidem, 283-284 y 461

⁸⁷ Ibidem, 511-516 y 522-528..

de los cuales Francisco Navarro Ledesma era el más importante. Era periodista, ya de cierta fama, pero, por su muerte prematura en septiembre de 1905, solamente logró publicar, aparte de algunos manuales escolares, un libro de cierto interés. Se trata de *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida*, una extensa biografía de Cervantes que apareció en 1905. Si no hubiera sido el mejor amigo de Angel Ganivet (1865-1898), cuyo espistolario publicó, amigo de Galdós, el guía de Maurice Barrès en Toledo, y un especie de mentor de José Ortega y Gasset, el hijo con «demasiado talento»⁸⁸ de José Ortega Munilla, quizá hubiera sido olvidado completamente.

En 1905, no obstante, fue uno de los animadores de las fiestas del centenario. Ya en abril de aquel año, *El Imparcial* iniciaba la publicación por entregas de su biografía de Cervantes, que al mismo tiempo apareció como un libro de más de 600 páginas. Como presidente de la Sección literaria del Ateneo organizó las veinte conferencias sobre el *Quijote*, de las cuales él mismo pronunciaría las dos primeras y la última. Además dio una conferencia importante durante las festividades celebradas en Alcalá de Henares y escribió un número entero de *Blanco y Negro*, titulado «La tierra de Don Quijote». Con lo cual se convirtió en la figura más prolífica del centenario.

Como los otros escritores de su generación, Navarro Ledesma sabía bien lo que no le gustaba en el mundo, pero no tenía las ideas muy claras acerca de lo que él mismo quería. Así, censuraba de manera vehemente a la monarquía, la nobleza y la Iglesia en los tiempos de Cervantes. Al final del siglo XVI, en España el verdadero heroísmo había sido reemplazado por costumbres teatrales y sin contenido⁸⁹. Y la situación todavía no había mejorado mucho. A la altura de principios del siglo XX aún reina la injusticia, el caciquismo y el favoritismo. Hasta aquí su interpretación es muy similar a la de Picón y Ramón y Cajal. Pero, como *Azorín* y Unamuno, él da un paso adelante, criticando también a la burguesía y la civilización moderna⁹⁰.

Navarro Ledesma describe a Cervantes y Don Quijote como vagabundos que no aguantaban su entorno de burgueses hipócritas, simbolizado en el bachiller Sansón Carrasco, un antagonista de Don Quijote. Y es la hipocresía y la medianía de Sansón Carrasco, lleno de sensatez y refractario a los ideales, la que todavía triunfa en España⁹¹.

Tampoco la civilización moderna le satisface. En *Blanco y Negro* describe con simpatía la tierra de Don Quijote. Él, como cortesano cosmopolita, se siente desarraigado, participando en una «cultura ajena», con «unas costumbres

⁸⁸ Carta de Francisco Navarro Ledesma a José Ortega Munilla de 21-V-1905 en el *Archivo José Ortega y Gasset, subarchivo Ortega Munilla*. Véase también ZULUEYA, *Navarro Ledesma*.

⁸⁹ FRANCISCO NAVARRO LEDESMA, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida* (Madrid, 1905) 435-443 y FRANCISCO NAVARRO LEDESMA, «Discurso-resumen» en *El Ateneo en el Centenario del Quijote*, 473-485, esp. 477-478.

⁹⁰ NAVARRO LEDESMA, *Miguel de Cervantes*, 576.

⁹¹ *Ibidem*, 404, 443-448, 488, 501, 562-564 y NAVARRO LEDESMA, «Discurso-resumen», 479.

extrañas». Y los molinos son «como algo siniestro, como algo que insulta a la Naturaleza apacible y tranquila»⁹². En contraste con Unamuno y *Azorín*, ensalza no sólo la naturaleza, sino también la vida campestre. La vida sencilla de algunos pastores le parece «casi paradisíaca», y propone, por tanto, hacer más a menudo «peregrinaciones profanas a los santos lugares que fueron albergue de las gastadas energías españolas». Para poder asimilar lo de fuera, es preciso conocer y cultivar lo característico del propio país. Y la originalidad española se ha conservado mejor en el campo, en el pueblo llano⁹³.

Pero aunque el pueblo es bueno en sí, y también sabe lo que quiere —«millares de ignorantes... componen un sabio infalible»⁹⁴, según Navarro Ledesma— la situación no había mejorado mucho. Ya desde los tiempos de los Reyes Católicos el problema de España consistía en la falta de unidad entre «acción» e «ideal». Así, los conquistadores se habían agotado en acciones brutales, mientras, por otra parte, los místicos se hundieron en su celda⁹⁵. Navarro Ledesma no sabe muy bien cómo puede ser restablecida esa unidad. Hace un llamamiento para reencontrar un ideal común, y algunas veces vislumbra el nacionalismo como solución. También sugiere la posibilidad de un hombre fuerte que sepa conducir al pueblo⁹⁶.

La solución preferida, finalmente, es la imitación de Don Quijote. Cervantes, quien primero había sido el «superhombre de la acción» y él de la idea después, había intentado unir la idea y el hecho, y en su libro lo había conseguido plenamente. Don Quijote y Sancho, por ejemplo, podían ser comparados respectivamente con la «razón pura» y la «razón práctica» de Kant. Pero Cervantes era superior a Kant, ya que, por la influencia mutua entre amo y escudero, había logrado una armonía nueva, una síntesis superior en esta dicotomía kantiana. Tampoco Nietzsche puede con el autor español. Ya que Don Quijote, el «superhombre» de Cervantes, no se separa del vulgo, sino que se aproxima a él. Navarro Ledesma concluye que, tanto como la vida humana, el libro contiene «un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío»⁹⁷.

Desafortunadamente, Cervantes no había conseguido restablecer también la unión entre acción e ideal en el país entero. De ahí que Navarro Ledesma abogue por una imitación de Don Quijote. Al nivel personal, su «libertad con

⁹² FRANCISCO NAVARRO LEDESMA, «La tierra de don Quijote», *Blanco y negro* XV, 731 (6-V-1905).

⁹³ NAVARRO LEDESMA, «Tierra de don Quijote» y FRANCISCO NAVARRO LEDESMA, «Discurso en la Universidad Complutense, Alcalá de Henares, el día 10 de mayo de 1905» en: SAWA & BECERRA, *Crónica del Centenario*, 297-305, esp. 297.

⁹⁴ NAVARRO LEDESMA, *Miguel de Cervantes*, 455.

⁹⁵ NAVARRO LEDESMA, «Discurso en Alcalá», 300-301.

⁹⁶ FRANCISCO NAVARRO LEDESMA, «Cómo se hizo el Quijote» en: *El Ateneo en el Centenario*, 1-85, allí 35-39 y NAVARRO LEDESMA, «Tierra de Don Quijote».

⁹⁷ NAVARRO LEDESMA, «Discurso en Alcalá», 301-303 y NAVARRO LEDESMA, *Miguel de Cervantes*, 571-573.

riesgo, con grandeza y bravura» puede servir como ejemplo⁹⁸. Además, el caballero de la Mancha puede, como un «Padre común», liderar la lucha por el renacimiento nacional. Otra vez el llamamiento adquiere rasgos religiosos y Cervantes y su Don Quijote obtienen dimensiones casi divinas: «Nuestro Padre y Señor Don Quijote nos dará su bendición, y su creador el divino, el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, nos otorgará el mayor de los dones del Espíritu humano... el don... de la redentora Alegría»⁹⁹.

En contraste con *Azorín* y Unamuno, Navarro Ledesma no se ocupaba de sus propios sentimientos y problemas. En sus escritos los problemas de España eran primordiales. Además parece que su exaltación de don Quijote es aún mayor que la de Unamuno. Pero, aunque sus discursos tuvieron mucho eco, él tampoco logró unir a todos los oyentes. En la conferencia en Alcalá por ejemplo, Navarro Ledesma ponía a Cervantes por encima de San Ignacio y Santa Teresa, lo que originó murmullos entre los muchos cléricos que asistieron al acto, y uno incluso quiso agredir al orador. Parece que Navarro Ledesma buscaba el escándalo, ya que en su discurso final en el Ateneo, sentado entre dos políticos liberales de primera fila, el presidente del Ateneo Moret y el conferenciante anterior, Canalejas, ya no atacaba al clero, sino que arremetía contra la clase política de la Restauración¹⁰⁰.

No obstante, en sus escritos se esboza un nacionalismo de nuevo signo. Comparte con el viejo nacionalismo su admiración por el pueblo llano y pone la nación por encima de todo. Pero él ya empieza a definir la nación frente a «los otros», frente a la cultura ajena y costumbres extrañas. La mayor diferencia con el nacionalismo corriente en hombres como Cavia y Picón estriba en su rechazo del progreso material, y de la ciencia y la razón como guías infalibles. La unidad nacional ya no es un requisito para fomentar el bienestar y la riqueza de la población. La unidad nacional se convierte en un fin en sí mismo, y lo subraya con un lenguaje irracional y con un tono casi bíblico.

CONCLUSIÓN

Aunque las interpretaciones de la figura de Don Quijote y de Cervantes varían mucho, incluso entre espíritus afines, se puede concluir que los escritores jóvenes que hicieron de Don Quijote su héroe, tenían un vínculo más estrecho con el personaje de Cervantes que sus colegas mayores. Había un grupo, del cual Valera y Menéndez Pelayo eran los representantes más importantes, que veía la obra de Cervantes ante todo como una parodia, como un aviso contra el afán de aventuras y contra reivindicaciones revolucionarias. Otros, como Picón y Cavia, querían utilizar el centenario principalmente para elevar el país en

⁹⁸ NAVARRO LEDESMA, *Miguel de Cervantes*, 576.

⁹⁹ *Ibidem*, 429 y 449, NAVARRO LEDESMA, «Discurso en Alcalá», 303 y sobre todo NAVARRO LEDESMA, «Discurso-resumen», 474-476 y 480-481.

¹⁰⁰ ZUIJETA, *Navarro Ledesma*, 175-192.

la consideración de las otras naciones y como programa de resurgimiento español. El libro de Cervantes sólo les servía como fuente de inspiración y optimismo. Solamente autores como Unamuno y Navarro Ledesma exaltaron la figura de Don Quijote sin reservas.

Pero para hacer esto primero tenían que desarrollar una nueva interpretación del libro. Ramiro de Maeztu, aunque también quería acción, aventura e idealismo, rechazaba en 1903 el *Quijote* como un «libro de los viejos», ya que aceptaba la interpretación dominante (de Valera). Unamuno y Navarro Ledesma, en cambio, presentaban el libro como una crítica antiburguesa. En su descripción, Don Quijote se convirtió en un especie de «superhombre» nietzscheano, un precursor de una nueva era, de la cual los perfiles todavía eran inciertos. Alguien que luchaba contra un mundo hipócrita y estancado donde reinaba el sentido común, y quien moldeaba su propia vida sin renunciar a sus propios ideales y sin ceder a su entorno materialista y corrupto. En contraste con Valera y Menéndez Pelayo, estos autores toman a Don Quijote muy en serio; Unamuno incluso afirmaba que Don Quijote había existido de verdad. Y en vez de un libro cómico, para ellos, se trata más bien de una historia trágica y triste.

Ahora bien, se comprende mejor que estos autores, por su identificación con Don Quijote, se sentiesen mucho más comprometidos con la obra de Cervantes que los que la querían utilizar como medio para un renacimiento nacional o los que la veían como un libro cómico. O como lo formulaba Unamuno para su propio caso: «No puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir»¹⁰¹.

En cuanto a los fines nacionalistas podemos decir que especialmente la celebración popular en Madrid no fue un gran éxito. Si la batalla de flores y el concierto en la Plaza de Toros simbolizaban el esplendor de la nación, ello no debió de convencer a mucha gente. Para unir todas las clases sociales en una fiesta fraternal hacía falta más, como quedó claro en las lamentaciones de los comentaristas. En cuanto a la parte intelectual del centenario, la balanza tampoco resultó del todo satisfactoria. Aunque se pronunciaron muchísimos discursos, y faltaban críticas y polémicas abiertas, la fiesta tampoco fue una clara muestra de unidad nacional. Todo el mundo alaba el libro de Cervantes, pero cada uno enfatizaba su propia interpretación.

Cuando nos fijamos en el contenido de las conferencias y publicaciones, podemos ver que el nacionalismo no tenía un papel muy importante en la interpretación conservadora. Valera y Menéndez Pelayo utilizaban el centenario más bien para avisar contra anhelos revolucionarios y otras imprudencias. Y la unidad nacional no figuraba expresamente en su lista de remedios. La interpretación católica, que actuaba dentro de la misma línea, ponía la religión por encima de todo. No obstante, no se puede decir que estos oradores no profesasen

¹⁰¹ UNAMUNO, *Vida de Don Quijote*, 528.

un sentimiento de orgullo nacional, aunque quizá sea mejor llamarlo «patriótico». Incluso en algunos actos, por ejemplo en el brindis de Menéndez Pelayo en 1881 y en el elogio fúnebre de Montes de Oca, se puede detectar alguna inclinación xenófoba.

Al que sí se puede denominar «nacionalista» es al proyecto de «resurgimiento español» de Picón, Ortega Munilla y Cavia. Se trata de un nacionalismo liberal y abierto, que sólo propone unir las fuerzas para fomentar el progreso del país. Juntos hay que luchar contra los elementos retrógrados, como la ignorancia, el incivismo, la holganza y el fanatismo. El objetivo último es el desarrollo del país, un adelanto basado en la ciencia, la razón, los valores burgueses y la economía capitalista.

Socialistas, como Morato, se oponían al capitalismo y a la burguesía, sin embargo los jóvenes intelectuales como *Azorín*, Navarro Ledesma y Unamuno marcaron una rebelión más profunda. No sólo censuraban el mundo burgués y capitalista, sino también sus fundamentos, la ciencia y la razón. Sin tener una clara alternativa, Unamuno y *Azorín* se centraron en sus problemas personales, mientras que Navarro Ledesma intentaba formular un nuevo ideal para la nación entera. Aunque él compartía las objeciones que Picón había formulado contra la España tradicional, descartaba el mayor bienestar del país como meta más importante. Su nacionalismo, tal vez un poco desesperado, no tenía otro fin que la nación misma: la unidad nacional como ideal común. En mayo de 1905 estas ideas habían sido esbozadas en sus discursos. Su muerte prematura, no obstante, hizo imposible un eventual desarrollo posterior.